

resolucion de sus esposos, imitaron su ejemplo, y consagraron á Dios su virginidad. (*Lib. 8. cap. 6.*) Todas estas cosas hicieron en Agustino una sensacion vivisima, y cada una de ellas le era un espejo en que veia su flaqueza para horrorizarse de sí mismo. Despachó Ponticiano el negocio á que habia venido, y se despidió, dejando anegado á su amigo en un mar de congojas.

Entonces todo turbado y fuera de sí, se volvió hácia Alipio, y con una especie de descompostura enérgica exclamó diciendo: *¿Qué es esto que pasa por nosotros? ¿qué es lo que nos sucede? Levántanse los ignorantes, y se apoderan del cielo; ¿y nosotros con vuestras doctrinas sin juicio ni cordura nos estamos revolcando en el cieno de la carne y sangre? ¿acaso tenemos vergüenza de seguirlos porque van delante de nosotros, y no tendremos vergüenza siquiera de no seguirlos?* Dijo otras cosas semejantes arrebatado de la interior congoja de su alma. Alipio le miraba silencioso, advirtiendo en el color encendido de sus mejillas, en lo exaltado de los ojos y en el tono irregular de la voz, la furiosa tormenta que sucedia dentro de su corazon. En este estado retiróse Agustino á un huerto que habia en su casa, y Alipio le siguió sin hablarle jamás una palabra. Sentáronse en lo mas retirado, y Agustino bramaba enfurecido é irritado contra sí mismo, rependiéndose la tardanza en ir á abrazarse con Dios. Arancábase los cabellos; dábase palmadas en la frente; cruzaba las manos, y se apretaba las rodillas, y hacia otros extremos y contorsiones con todos los miembros de su cuerpo, que causaban á un mismo tiempo admiracion, horror y lástima. Decia en su interior: *Ea, hágase al instante; ahora mismo se han de romper estos lazos.* Iba ya á ejecutarlo; pero sus amistades antiguas se le representaban de pronto, y como tirándole de la ropa, parece que le decian en voz baja: *Pues qué, Agustino, ¿nos quieres abandonar? ¿que desde este instante no estaremos ya contigo para siempre jamás? ¿que desde este instante no te será ya licito esto y aquello para siempre jamás? ¿piensas que te será posible vivir sin estas cosas en que tanto deleite tiene tu alma?*

Luego se le representaba la amable continencia con un rostro sereno, majestuoso y alegre, y le halagaba honestamente, convidándole á que se llegase adonde estaba, y desechase los temores que le detenian. Estendiale sus piadosos brazos para recibirle en su seno, lleno de multitud de continentes, con cuyo ejemplo le alentaba. Allí le manifestaba innumerables personas de todas edades, sexos y condiciones: allí habia multitud de mozos y de doncellas; de jóvenes y de ancianos; de viudas ve-

nerables y de vírgenes delicadas. Y la continencia con una graciosa sonrisa, como que le decia: *Pues qué, ¿no podrás tú lo que pueden todos estos y estas? ¿por ventura lo que estos y estas pueden, lo pueden por sus propias fuerzas, ó por las que la gracia de su Dios y Señor les ha comunicado? Su Dios y Señor les dió la continencia; pues yo soy dádiva suya. ¿Para qué confias en tus propias fuerzas, si esas no pueden sostenerte, ni darte firmeza alguna? Arrójate con confianza en los brazos del Señor, y no temas, que no se apartará de ti para dejarte caer. Arrójate seguro y confiado, que él te recibirá en sus brazos, y te sanará de tus llagas.* Avergonzabase Agustino oyendo estas reconvencciones, de que le tuviesen preso todavia los lazos débiles de los deleites antiguos, y entonces la continencia volvió á decirle: *Hazte sordo á las voces inmundas de tu concupiscencia, que de ese modo quedará amortiguada: y si te promete deleites, sabe que no pueden compararse con los que hallarás en la ley de tu Dios y Señor.* Alipio veia en Agustino unos movimientos estraños, una inquietud que parecia frenética; pero aunque adivinaba la lucha interior que pasaba en su espíritu, no quiso interrumpirla, sino esperar su fin con paciencia y silencio. (*Lib. 8. cap. 11.*)

Con estas profundas reflexiones se conmovió hasta lo mas oculto y escondido que habia en el fondo del corazon del vacilante jóven; y junta toda su miseria, se elevó como si fuera una nube espesa, y se le puso delante de los ojos de su alma: sentia en lo interior una amargura que le comprimía el corazon, y como si fuera una gran lluvia, querian salir las lágrimas por los ojos. Para derramarlas libremente y dar rienda suelta á su dolor, se levantó de donde estaba ahogando su voz los sollozos y gemidos. Conoció Alipio que queria estar solo para poder llorar con libertad, y así le dejó ir solo adonde quisiese. Fué Agustino anegado en amargura, y se echó debajo de una higuera sin saber de qué manera ni en qué postura. Allí comenzó á derramar gran copia de lágrimas, que parecian dos rios que salian de sus ojos, y hablando con Dios, con razones interrumpidas, le decia: *Y vos, Señor, ¿hasta cuándo, hasta cuándo habeis de mostrarnos enojado? No os acordéis, Señor, de mis maldades antiguas.* Conocia Agustino que eran sus pecados los que le tenian preso, y así con lastimosas voces decia á gritos: *¿Hasta cuándo, hasta cuándo ha de durar el que yo diga mañana, mañana? ¿por qué no ha de ser ahora desde este mismo instante el poner fin á todas mis maldades?* Al decir esto lloraba Agustino inconsolemente con amarguísima contricion de su alma, cuando

en medio de sus sollozos he aquí que llega á sus oídos una voz delicada como de un niño ó niña, que cantaba y repetía muchas veces estas palabras: *Toma y lee, toma y lee.*

Turbóse mas Agustino; mudó de semblante; la admiración y el cuidado tomaron el lugar que antes tenían las lágrimas y la amargura. Púsose á considerar si tenían los muchachos algun juego, en el cual usasen de aquellas voces, y no acordándose haberlas oído jamás, se levantó de donde estaba, firmemente persuadido á que aquella voz habia sido voz del cielo, en que se le mandaba que tomase las epístolas de S. Pablo, y leyese lo primero que se le presentase. Volvió al sitio donde habia dejado á Alipio, porque allí habia dejado tambien las epístolas de san Pablo: tomó en sus manos el libro; le abrió, y leyó lo primero que se presentó á sus ojos, que eran estas palabras: *No en banquetes ni en embriagueces; no en disolucion y deshonestidades; no en contiendas y emulaciones, sino revestidos de nuestro Señor Jesucristo; y no os cuideis de satisfacer los apetitos del cuerpo.* (Paul. ad Rom. 13.) No quiso Agustino leer mas, ni fué necesario; pues luego que acabó de leer esta sentencia del Apóstol, se disiparon todas las nubes y dudas que ofuscaban su alma por medio de un rayo de luz clarísima, que la llenó de celestiales resplandores. Convirtióse, pues, Agustino á su Dios: comunicó su determinación á Alipio, que aunque algo débil todavía en la fe, se unió á su resolución y buen propósito; y ambos juntos se entraron en el cuarto de Sta. Mónica, quien oyendo por menor las misericordias que el Señor habia derramado sobre su hijo, no cabia en sí de gozo, especialmente cuando oyó á su hijo Agustino que ya no pensaba en casarse, sino en la soledad y el retiro; enviaba afectuosísimas bendiciones al cielo, derramando ahora mas lágrimas de alegría que solia antes de amargura por la conversion de su hijo. (Lib. 8, cap. 12.)

Para disponerse mejor á recibir el santo bautismo, se retiró Agustino á una casa de campo poco distante de Milan, en compañía de su madre, de su hijo Adeodato, y de su amigo Alipio. En este retiro compuso el libro *contra los Académicos*, el tratado *de la vida feliz*, el *de la inmortalidad del alma*, el *del orden de la Providencia*, y los *soliloquios*. Pasaba casi la mitad de la noche meditando las verdades de la religion; continuaba sus oraciones hasta muy entrado el día, y encontraba en los salmos un gusto muy esquisito. Escribió á S. Ambrosio, que habia manifestado á Sta. Mónica su singularísimo gozo por aquella conversion, dándole cuenta de la disposicion en que se hallaba, y pidiéndole sus instrucciones para prevenirse al sagrado bau-

tismo. Al principio de la cuaresma del año 387 se restituyó á Milan, y en fin fué bautizado por S. Ambrosio el sábado santo en compañía de su hijo Adeodato, y de su grande amigo Alipio. Dicese que en aquella solemnisima funcion compusieron entre san Ambrosio y S. Agustin el himno, ó el cántico: *Te Deum laudamus...* en accion de gracias por una conversion que colmaba de gozo á toda la Iglesia, y era una insigne victoria contra todo el infierno.

Contaba treinta y tres años S. Agustin cuando fué bautizado. Elevado por el bautismo á la dignidad de hijo de Dios, resolvió conservarla toda la vida con la pureza de costumbres, y con el arreglo de toda su conducta; pero considerando que el bullicio del mundo podia servir de estorbo á sus intentos, tomó el partido de retirarse, y resolvió buscar en el Africa aquel lugar que le pareciese mas á propósito para llorar sus pecados. Partió de Milan en compañía de su madre y de su hijo, y se detuvo en el puerto de Ostia esperando embarcacion. Aquí perdió á su querida madre Sta. Mónica, y no pudo negar sus tiernas lágrimas á la muerte de aquella que tantas habia derramado por él en el discurso de su vida. Concluidos los funerales de su santa madre, pasó á Roma con ánimo de detenerse algun tiempo en aquella ciudad, y todo le empleó en solicitar la conversion de los maniqueos. No pudiendo sufrir el descaro con que se jactaban de su imaginaria continencia, para curarlos, y para reducirlos á la fe, compuso entonces los dos libros *de las costumbres de la Iglesia católica, y de las costumbres de los maniqueos*; y poco despues el tratado *del libre albedrio contra los mismos herejes*.

Habiéndose detenido en Roma de quince á diez y seis meses, se embarcó en Ostia, y aportó al Africa hácia el fin del invierno del año 389. Retiróse á una casa de campo con algunos amigos suyos, y por espacio de tres años se entregó enteramente á ejercicios de devocion y de rigurosa penitencia. Ocupábase día y noche en oracion, y en el estudio de la religion y de la sagrada Escritura. Ayunaba todos los dias con estremado rigor, y macebaba su carne con grandes y continuas penitencias. En aquel santo retiro compuso los dos libros sobre el *Genesis*, y el que intituló *el maestro*, que es un admirable diálogo con su hijo Adeodato, á quien perdió poco tiempo despues durante el mismo retiro, cuyo último fruto fué el libro *de la verdadera religion*, una de las obras mas escelentes de aquel gran hombre.

Contaba Agustin casi tres años en las piadosas delicias, sosiego y gusto de aquella amable soledad, cuando le obligó á salir

de ella la fama de su eminente virtud, y de su rara sabiduría. Cierta gran señor de la ciudad de Hipona, una de las principales de la Numidia, gran cristiano, y grande amigo de nuestro Santo, le instó para que pasase á verle. Consintió Agustin en este viaje por la esperanza de ganar á aquel señor, y de reducirle á que aumentase el número de su pequeña comunidad. Hallándose en Hipona el obispo de aquella ciudad, llamado Valerio, propuso al pueblo la necesidad que tenia aquella iglesia de un presbítero virtuoso y sabio que ayudase al mismo obispo en las funciones de su ministerio episcopal. Como los vecinos tenían tan conocida la virtud y la sabiduría de Agustin, no quisieron otro; pero era menester sorprenderle, porque le sobresaltaba hasta la sombra de toda dignidad. Entró un dia en la iglesia á tiempo que estaban juntos todos los fieles, y al instante echaron mano de él; y sin dar oídos, ni á sus lágrimas, ni á sus ruegos, ni á sus razones, todos á una voz comenzaron á clamar que le ordenasen de presbítero. El obispo Valerio, que estaba ya de acuerdo, hizo menos caso que todos de los elocuentes argumentos esforzados por su humildad y por su ingenio, con que le fué preciso rendirse; y habiendo recibido los demás órdenes sacros, le ordenó de presbítero el mismo obispo. Lo mas que pudo capitular fué que le habian de hacer donacion de una huerta de la iglesia para fundar en aquel sitio un monasterio. Luego que se acabó la fábrica, concurrieron á llenarla gran número de sugetos escelentes, para los cuales compuso el Santo su regla. Era en ellos extrema la pobreza, el ayuno y el silencio continuo; la oracion poco interrumpida. Y esta es aquella admirable regla, que fué como fecunda madre de tantas familias religiosas, y lo es el dia de hoy de una de las mas ilustres y de las mas santas que adornan la santa Iglesia. Aunque todavia no se acostumbra en la de Africa que predicasen los presbíteros, siendo este ministerio propio y privativo del pastor, no dudó Valerio dispensar esta costumbre en favor de S. Agustin. Quiso, pues, que repartiase al pueblo el pan de la divina palabra, y lo hizo con tanto fruto, que ya no le conocian por otro nombre sino por el del apóstol de la palabra de Dios. Predicaba todos los dias, y cada dia con mayores concursos, y con mas universal aplauso.

No contentándose Agustin con hacer guerra á los vicios por medio de sus sermones, se la hacia tambien, y no menos sangrienta con las armas de sus escritos. Compuso el libro *de la utilidad de la fe*, con el cual reformó muchos abusos que se habian introducido en Hipona. Tuvo una disputa pública con

Fortunato, que era el héroe de los maniqueos, en la cual no solo le confundió, sino que tambien le movió, pues prometió convertirse; aunque esta promesa se redujo despues á ausentarse, y á no parecer mas en la ciudad. El año de 393 asistió al concilio de Hipona, convocado por Aurelio, obispo y primado de Cartago; en que á ruego de los padres compuso el libro *de la fe y del símbolo*, que es un admirable compendio de la doctrina cristiana. En el mismo año publicó varios escritos contra los donatistas y los maniqueos, declarándose el azote de todos los herejes. El año de 394 se estrechó aquella íntima amistad entre S. Jerónimo y S. Agustin, habiéndola ligado Alipio con ocasion de un viaje que hizo á Palestina. Tambien S. Paulino de Nola quiso tener correspondencia con nuestro Santo, que ya era venerado en el mundo como el oráculo de la Iglesia; y en fin, no habia en toda ella sugeto alguno sobresaliente en letras ó en virtud, que no solicitase entablarla con aquel grande hombre. Pero el obispo Valerio, temiendo que le arrebatasen á Agustin para alguna iglesia destituida de pastor, quiso asegurarle; pidióle por coadjutor suyo, y lo consiguió. Juntos los obispos de la provincia, y despreciando su resistencia á aquella sublime dignidad, le obligaron á rendirse á la voluntad del Señor, consagrándole por obispo coadjutor del de Hipona el año de 395, á los cuarenta y dos de su edad.

Estremeciéronse todas las sectas luego que vieron á Agustin colocado en la silla episcopal. Los donatistas, de que estaba lleno aquel país, previendo el peligro que corria su partido si Agustin se declaraba contra él, pidieron composicion. Ofrecióles una conferencia, y obligaron á Proculino su obispo á que la aceptase; pero éste nunca tuvo valor para medir sus fuerzas con tan formidable adversario. Recurrieron á una tropa de bandidos y de facinerosos, que era la gente mas honrada y la mas escogida de los donatistas. Llamábanlos *circonceliones*, porque su ocupacion se reducía á rondar continuamente al rededor de las casas, para cometer todo género de insolencias y de crueldades. Sedientos de la sangre de los católicos, se alampaban mucho mas por la de Agustin: muchas veces intentaron asesinarle; pero siempre le libró Dios por milagro. En medio de eso no cesaba el Santo de trabajar en su conversion, ya con sus palabras, ya con sus escritos, y con esta ocasion compuso sus tratados sobre *el bautismo*, y sobre *la unidad de la Iglesia*. Asistió á muchos concilios que se convocaron en Cartago y en otras partes, siendo el alma y el oráculo de todos ellos. Pero no le ocupaban tanto los herejes, que no dedicase su primera y principal atencion al cui-

dado de su rebaño, particularmente despues de la muerte del obispo Valerio, su predecesor, visitando su diócesi con todo el zelo, y con todo el fruto que correspondia al alto concepto de su santidad y de su mérito.

Como los donatistas no cesaban de turbar la iglesia de Africa, se vió precisado el emperador Honorio á permitir una disputa pública entre los sugetos mas hábiles de los dos partidos. Celebróse en Cartago el año de 411, concurriendo á ella doscientos ochenta y seis obispos católicos, y doscientos setenta y nueve donatistas. Asistió á este famoso congreso el tribuno Marcelino, á quien nombró el emperador por su comisario para evitar todo desórden. El principal, ó por mejor decir, el unico actor, fué nuestro Agustin, que dejó confundido á Petiliano, el Aquiles de los herejes. Triunfó la religion católica, y se desvaneció como humo aquella espesa nube de donatistas. Pero no fueron estos los únicos herejes que combatió nuestro Santo, ni fué esta la única victoria que consiguió. Habíale escogido Dios para perseguir, para quitar la máscara, para atacar, y para vencer á todas las herejias. Despues que confundió, postro y aterró á los arrianos, á los priscilianistas, á los origenistas y á los maniqueos, fué preciso que midiese sus armas con Pelagio. Este monge, originario de Irlanda, de tal manera habia engañado al mundo con su compostura exterior, con su cara de hombre penitente y mortificado, y con todo el aparato de varon ejemplar y virtuoso, que generalmente era tenido por hombre santo, y á la sombra de esta reputacion habia derramado por todas partes el veneno de la mas perniciosa herejia. Mientras el maestro la iba estendiendo por el Egipto, su discipulo Celestino la sembraba y la defendia en el Occidente. Refutó S. Agustin todos los errores de esta emponzoñada secta por un prodigioso número de escritos, que con razon le merecieron el glorioso renombre de *doctor y defensor de la gracia*.

No se hablaba ya en todo el orbe cristiano sino de los talentos, de las obras, de las victorias de S. Agustin, venerado por el asombro del mundo, y por el hombre de la Iglesia. Acudian á él de todas partes para consultarle; ni se celebraba concilio, ó junta, ó congreso de obispos y de doctores á que no fuese llamado, y donde no fuese oido como oráculo. Pero lo mas admirable fué, que siendo tan elevado su mérito y siendo su fama tan extraordinaria, aun era mucho mayor su humildad. No habia hombre que hiciese mas bajo concepto de sí, ni se conoció jamás fiel alguno mas rendido á la Silla apostólica. Ni el grande y sublime ingenio nunca perdió de vista su nada, ni los desca-

minos de su juventud. Con este humildísimo espíritu compuso el libro de sus *confesiones*, procurando templar la eminente reputacion de su santidad con aquella pública confesion de sus pecados. Dicese que paseándose un dia por la orilla del mar, ocupada la imaginacion en querer apurar algunos puntos incomprendibles del inefable misterio de la Trinidad, en que á la sazón estaba trabajando, encontró un niño muy afanado al parecer en meter el agua del mar en una poza que habia abierto en la arena. Preguntóle el Santo, ¿qué pretendia con aquello?—*Meter toda el agua del mar en esta poza*, respondió el niño.—*Pues, hijo, replicó Agustin, ¿no ves que eso no puede ser?*—*Mas fácil es esto*, respondió el niño, *que comprender con tu limitado entendimiento la grandeza del misterio incomprendible.*

Así como su sabiduría no habia hinchado su corazon, así tampoco habian entibiado su devocion los estudios. De pocos santos se cuenta virtud mas afectuosa, mas tierna ni de mayor jugo que la de S. Agustin; de pocos, que tuviesen el corazon mas abrasado en un amor de Dios tan puro, tan activo y tan fogoso; de pocos, que profesasen á Jesucristo y á su santísima Madre una devocion mas viva ni mas tierna. *Atravesaste, Señor, mi corazon*, dice en una parte, *con una flecha de amor tan penetrante, que introducida profundamente en el pecho, se quedó el encendido arpon dentro de la misma herida.* Este era aquel divino fuego que ilustraba su entendimiento, que inflamaba su corazon, y que encendia en él aquel fogoso zelo, por cuyo impulso fué siempre el azote de los herejes. Solo con leer sus *soliloquios*, sus *meditaciones*, y sus *confesiones*, se reconoce el fuego del amor de Dios que le consumia, y la mucha razon con que le pintan con el corazon en la mano, rodeado todo de llamas, siendo cierto que no se podia discurrir simbolo mas justo. El esmero en la pureza no pudo subir á mayor punto: jamás permitió que entrase en su casa mujer alguna, ni su misma sobrina, ni su propia hermana, ni volvió á mirar la cara de alguna mujer. La caridad con los pobres correspondia á su abrasado amor de Dios. Decia que las rentas del obispo eran rentas de los pobres; y que si el pobre no hallaba que comer en casa del obispo, era preciso que el obispo aquel dia se quedase sin comer. No podia sufrir á los murmuradores por el horror que tenia á la murmuracion; y era dicho comun, que tanto temia la murmuracion la presencia de Agustin, como el error sus disputas.

Hallándose el santo doctor cargado de años, pues ya contaba sesenta y dos, y mucho mas cargado de trabajos públicos, que

se multiplicaban cada día, pidió que le diesen por compañero al presbítero Eraclio para repartir con él los cuidados de la diócesi. Viéndose por este medio con algun alivio, emprendió la revision y el exámen de sus obras, que componian ya el número de doscientos treinta y dos libros, comprendidos en ochenta tratados de diferentes materias, sin incluir en ellos un número casi infinito de cartas y de sermones sobre asuntos muy importantes. Este exámen y esta revision produjo la obra de sus *retractaciones*, en que corrige todo lo menos justo, ó menos exacto que pudo haberse escapado, censurando y criticando sus escritos con extrema severidad. Habia ya algun tiempo que S. Agustin, consumido de penitencias y de trabajos, se sentia muy desfallecido, cuando el conde Bonifacio, resentido del emperador Valentiniano III, de quien se imaginaba desairado, llamó á los vándalos de España. Desembarcó en el Africa su rey Genserico al frente de ochenta mil hombres, y en menos de dos años se hizo dueño de toda ella, á escepcion de las tres ciudades principales Cartago, Hipona y Cirta. Muchos obispos se retiraron al acercarse los bárbaros; pero S. Agustin nunca quiso desamparar á su rebaño. Exhortábale todos los días á aplacar la cólera de Dios con la penitencia, no cesaba de llorar día y noche en la presencia del Señor, suplicándole que no perdonase al pastor, para que se salvarsen las ovejas. Estaba sitiada la ciudad, y sin esperanza de socorro. Pidió al Señor, que si era su voluntad que la ciudad cayese en poder de los bárbaros, le retirase de este mundo ántes que fuese testigo de aquella desdicha. Conoció que Dios le habia oído por la enfermedad en que cayó. Dispúsose para morir con un fervor muy correspondiente á aquella grande alma. Recibió los sacramentos con la fe y con la piedad que le animaba, y el día 28 de agosto del año 430 rindió tranquilamente su espíritu, rodeado de sus discípulos y de su clero, que todos se desahacian en lágrimas, siendo de sesenta y seis años de edad, y al tercer mes del sitio de la ciudad.

Tal fué la preciosa muerte de este hombre verdaderamente grande, á quien los mayores hombres de la Iglesia llaman la lumbrera de los doctores, el modelo de los prelados, el escudo de la fe, el almacén de la religion, la torre de David de donde penden mil arneses, el azote de los enemigos de Jesucristo, la columna de la Iglesia, y el mas iluminado maestro de la moral cristiana. Los sumos pontífices, y hasta los mismos concilios han hecho magníficos elogios de la doctrina de S. Agustin y de sus escritos. El papa S. Celestino engrandece su fe, y le llama, con otros pontífices sus predecesores, uno de los pri-

meros doctores de la Iglesia. S. Paulino le apellida sal de la tierra; S. Jerónimo el enemigo del error, y Severo Sulpicio industriosa abeja que sustenta á los fieles con la miel de su doctrina, y con el aguijon taladra de parte á parte á los herejes.

Fué enterrado su santo cuerpo con toda la solemnidad posible en la iglesia catedral. Al año siguiente se apoderaron los bárbaros de la ciudad; pusieronla fuego, pero las llamas perdonaron al sepulcro y á la libreria del Santo, donde estaban todas sus obras. Los obispos de Africa que fueron desterrados á Cerdeña llevaron consigo el santo cuerpo, y en su destierro los sirvió de mucho consuelo aquel precioso tesoro. Allí estuvo por espacio de doscientos seis años, hasta que Luitprando, rey de los longobardos, le hizo trasladar á Pavia el año de 712, y en aquella ciudad se conserva hasta el presente, espuesto á la pública veneracion.

SAN JULIAN, MÁRTIR DE ALVERNIA.

EL bienaventurado S. Julian fué natural de la ciudad de Viena, en Francia, y de noble linaje. Tenia entonces en aquella ciudad S. Ferriol amigo suyo oficio de tribuno; pero ejercitábalo de suerte que no dejaba por eso de emplearse mucho en el servicio de Dios, y holgaba tener en su compañía al bienaventurado san Julian, por verle siervo fidelísimo del Señor. Entendiendo san Ferriol la gran persecucion que amenazaba á los cristianos de la ciudad de Viena, indujo á S. Julian á que se fuese. Llegó en efecto la persecucion; y aunque Julian deseaba padecer el martirio, dejó sus padres y sus bienes, y fuése á la provincia de Alvernia, no por miedo á la muerte, sino porque lejos de su tierra mas fácilmente alcanzase la corona apetecida; porque temia que sus padres, con el amor que le tenian, no se lo disuadiesen. Llegó á un lugar llamado Beja, en el cual los gentiles hacian gran fiesta á sus ídolos; y como entendiase por revelacion, que sus contrarios iban tras él para prenderle, rogó á una viuda que le escondiese, para no ser hallado. Hizolo así la buena mujer, la cual tenia su casa no muy lejos del lugar donde hacian la fiesta los gentiles á sus dioses. Vinieron pues ellos, y la preguntaron por aquel hombre que habia recibido en su casa. Como la viuda negase haberle visto, ni saber de él, salió Julian del lugar donde estaba escondido, diciendo: «Yo soy á quien buscáis; haced lo que os mandan vuestros principes, que no quiero tanto esta miserable vida, que me estorbe desear infinito tro-